

OPINIÓN

LA COLUMNA DE...

Resucitando canarios

Hubo un tiempo en que los mineros bajaban al inframundo con un compañero empleado. No por soledad existencial, aunque imagino que ayudaba, sino por supervivencia pura. Los canarios, resulta, tienen una capacidad única: detectar gases tóxicos imperceptibles para los humanos. En la mina un canario muerto significaba una sola cosa: corre por tu vida. Precisión suiza alimentada a base de alpiste.

Hoy los canarios usan LinkedIn y pagan el CAE. Al menos así lo sugiere el estudio *Canaries in a Coal Mine* de la Universidad de Stanford. Según el informe los "canarios" son nuestros jóvenes de entre 22 a 25 años que ven una caída sin precedente en su empleabilidad. Programadores, abogados y analistas financieros recién graduados compitiendo contra modelos de inteligencia artificial que nunca duermen, nunca llegan con caña, nunca exigen aumento de sueldo. Obsolescencia programada, versión humana.

Y les fallamos espectacularmente a estos pajaritos. "Aprende a programar", decíamos hace cinco años. Ahora escriben el código de su



MARÍA JESÚS
IBÁÑEZ
ABOGADA
ESPECIALIZADA EN
TECNOLOGÍA

"Hay una diferencia brutal entre el canario y nosotros. Ellos sabían cuándo estaban en peligro. Nosotros, en cambio, seguimos subiendo selfies desde el fondo de la mina, mientras el aire se acaba".

propio reemplazo. "Haz un máster", insistíamos como mantra. Solo para descubrir que el futuro premia al generalista, y que las especializaciones envejecen como la leche. "Desarrolla habilidades blandas", repetíamos obsesivamente. Y

por mientras Silicon Valley quemaba billones de dólares replicándolas con precisión quirúrgica. Y es que las soluciones tradicionales del reskilling resultan hoy tan útiles como un paraguas en un tsunami. La pregunta no es si veremos a los canarios caer: ahí están, apilados en las estadísticas de desempleo juvenil. La pregunta es si quedarán aún oxígeno en la mina.

Pero quizás hay esperanza. En 1896 alguien con demasiado tiempo libre inventó el "resucitador de canarios", una pecera de metal y vidrio donde metían a los canarios agonizantes. Se cerraba hermética y se inyectaba oxígeno puro. Y funcionaba. El canario volvía a la vida cual Frankenstein amarillo crepúsculo. Lo cual me hace preguntarme: ¿Y si en vez de oxígeno no saturamos mejor a estas avecillas de monóxido de carbono? ¿No será la tecnología que nos trajo hasta este momento la única capaz de insuflar aire a sus pulmones colapsados? ¿Será que necesitamos más inteligencia artificial, no menos?

La verdad es que no lo sé. Nadie lo sabe, ni siquiera el autor de Stanford. Pero anoche, en conversaciones que bordean la alucinación, mi

IA me recomendó "carreras del futuro". Dice que surgirán "traductores de humanidad", intérpretes de aquello que es demasiado humano para automatizar. Menciona "sommeliers de datos", verdaderos catadores detectando notas de edadismo, racismo o sexismó algorítmico. Habla de "arqueólogos", excavando repositorios de información de cuando todavía éramos auténticos sin saberlo. Mi ICQ y Fotolog les dirían mucho. Y "notarios de la realidad", fedatarios públicos certificando que algo ocurrió aquí, en el mundo físico, no en el metaverso ni en un deepfake.

Nos gusten o no estas profesiones delirantes, hay una diferencia brutal entre el canario y nosotros. Ellos sabían cuándo estaban en peligro. Nosotros, en cambio, seguimos subiendo selfies desde el fondo de la mina, mientras el aire se acaba. Segundo a segundo. Puede que la metamorfosis nos incomode y nos desafíe, pero tenemos que vivirla. Aunque el costo sea que el canario resucitado no será el mismo pájaro que entró a la jaula. Será quizás algo extraño. Algo nuevo. Algo que Darwin jamás imaginó. Mitad pluma, mitad píxel.

TRIBUNA LIBRE

El espejo incómodo del 9 de diciembre: corrupción, cinismo y verdad



BERNARDO
NAVARRETE
CONSEJERO DEL CPLT

Este 9 de diciembre, el mundo conmemora el Día Internacional contra la Corrupción. A simple vista, la fecha encierra una paradoja lógica: llamarlo, coloquialmente, el "Día de la Corrupción" podría parecer un absurdo que exalta el vicio en lugar de la virtud. Sin embargo, esta designación cumple una función vital: actúa como un mecanismo para "desnormalizar" el problema y exigir legítimamente a los poderes del Estado que se apliquen medidas concretas. Sin estos días, los problemas permanecerían en la oscuridad y no serían tratados como sustanciales y universales.

Más que una celebración, la fecha funciona como un espejo moral, dándole la razón a la antigua sentencia aristotélica: "El poder no cambia a las personas, sólo revela quiénes son verdaderamente". En este reflejo vemos cómo la corrupción destruye el fin último de la política —el Bien Común— transformando la deliberación pública en un mercado de favores, donde los iguales son tratados como desiguales.

El verdadero desafío actual no es solo el delito, sino lo que Slavoj Žižek llama el "cinismo contemporáneo": sabemos que el sistema es injusto, pero seguimos participando en él. Como advirtió Hannah Arendt, la corrupción muchas veces no es maquiavélica, sino banal; se perpetúa en la lógica del "así se hacen las cosas", "es mi comisión", "todos lo hacen". Es esta normalización la que permite el quiebre de

lo común, diluyendo la responsabilidad individual en la lógica del sistema.

En el caso de Chile, la ausencia de un "GPS político" dificulta identificar la ruta hacia la virtud central: la justicia distributiva e imparcial. Si se elimina la retórica y se observa la "causa final" de las acciones, la justicia debe entenderse como la única virtud que busca el bien del otro.

Para restaurar la integridad pública, es necesario trabajar sobre cuatro pilares: imparcialidad, no jugar con cartas marcadas; responsabilidad por el ciudadano que sufre las consecuencias; transparencia comunicativa frente al secreto; y la valentía cívica de decir la verdad frente al poder. Del mismo modo, debemos implementar incentivos que hagan la corrupción difícil de cometer (tecnología), fácil de detectar (transparencia) y segura de ser castigada (fin de la impunidad). Quizás, para defender lo que es de todos, deberíamos empezar por cambiar el lenguaje y celebrar, estricta y éticamente, el "Día Internacional de la Integridad Política", enfocándonos en la virtud que aspiramos a alcanzar y no en el vicio que buscamos eliminar.

"Si se elimina la retórica y se observa la "causa final" de las acciones, la justicia debe entenderse como la única virtud que busca el bien del otro".

TRIBUNA LIBRE

Cuando la vivienda se vuelve inalcanzable, ni el subsidio basta



ALBERTO ALARCÓN
DIRECTOR DIPLOMADO EN
INVERSIÓN Y DESARROLLO
INMOBILIARIO U. ANDRÉS
BELLO

La discusión sobre ampliar el subsidio a la tasa hipotecaria a viviendas sobre UF 4.000 debe partir por reconocer un hecho: el instrumento funcionó. La evidencia disponible muestra que su efecto dinamizador ha sido significativo y medible. El *Informe Inmobiliario CChC* señala que en el tercer trimestre de 2025 las ventas crecieron 27%, alcanzando su nivel más alto desde 2021. A esto se suma que la velocidad de venta de viviendas bajo UF 4.000 —el segmento donde opera el subsidio— redujo sus meses para agotar oferta desde más de 40 a niveles cercanos a 20, retornando a patrones previos a la crisis. Y en viviendas terminadas, históricamente el activo más riesgoso de la industria, la absorción mejoró hasta los 18 meses, la mejor cifra en tres años. Sin este apoyo contracíclico, el mercado seguiría prácticamente paralizado.

No obstante, un subsidio de emergencia no puede transformarse en política permanente. Tal como advirtieron algunos académicos en recientes foros inmobiliarios, estos instrumentos elevan el piso de los precios y limitan ajustes necesarios, generando una distorsión que se agrava con el tiempo. El problema de fondo es estructural: el desacople entre precios e ingresos. Mientras las familias no incrementen su capacidad de compra —mediante crecimiento económico y mayor empleo formal— cualquier subsidio será solo un estabilizador transitorio.

En paralelo, las inmobiliarias enfrentan su

propio cuello de botella. Chile registra hoy los niveles más bajos de permisos de edificación en más de tres décadas, lo que anticipa una caída futura en la oferta y mayores tensiones de precios. Sin capacidad para iniciar nuevos proyectos, la política habitacional queda atrapada entre hogares que no pueden comprar y empresas que no pueden construir.

A esto se suma un cambio silencioso pero profundo: la creciente dependencia del arriendo. Cuando las familias quedan excluidas de la compra, quienes sí pueden acceder —principalmente inversionistas medianos o grandes— capturan la oferta y la devuelven al mercado como arriendos más caros, ampliando aún más la brecha de acceso.

Por estas razones, ampliar transitoriamente el subsidio puede ayudar a cerrar este ciclo de crisis y acelerar la absorción de stock sobre UF 4.000. Pero no puede ser la base de una política habitacional permanente. Para eso se requiere atacar las causas: productividad, empleo, costos regulatorios, valor del suelo, industrialización y un sistema de permisos que permita construir más y mejor.

Más que un subsidio más grande, Chile necesita un mercado más sano.

"Sin capacidad para iniciar nuevos proyectos, la política habitacional queda atrapada entre hogares que no pueden comprar y empresas que no pueden construir".